



EXCMO. Y RVDMO. SR. D. FIDEL HERRÁEZ

Arzobispo de Burgos y Consiliario Nacional
de la ACdP

Un año más nos convoca el Congreso Católicos y Vida Pública, que en su largo recorrido llega ya a su edición número diecinueve. Mi cercano saludo a quienes hoy presiden este acto de inauguración. Mi sincero agradecimiento a cuantos desde la organización han hecho posible este nuevo encuentro. Y mi cordial acogida para todos y cada uno de los participantes en el Congreso para compartir, testimoniar y reflexionar sobre una realidad tan viva como es *La acción social de la Iglesia*.

“Practicar el amor hacia las viudas y los huérfanos, los presos, los enfermos y los necesitados de todo tipo, pertenece a la esencia de la Iglesia tanto como el servicio de los Sacramentos y el anuncio del Evangelio” (DCE 22). Estas palabras del papa Benedicto XVI en su encíclica *Deus Caritas est* nos sitúa a la perfección en la temática de este Congreso que hoy inauguramos.

En efecto, la Iglesia que es Caridad, porque surge y vive del Amor Trinitario, no puede por menos de expresarse en el mundo a través del ejercicio del amor. Toda la actividad que realiza la Iglesia, también su labor catequética y sacramental, es “expresión de un amor que busca el bien integral del ser humano” (DCE 19). Pero, sin embargo, es quizás en su tarea social donde éste se visibiliza de una manera más genuina.

En la acción social de la Iglesia se materializa la invitación que San Juan Pablo II hacía a vivir la capacidad imaginativa de la caridad. Si observamos la historia de la Iglesia, descubrimos cómo esta “imaginación de la caridad” (NMI 50) ha alimentado no solo el compromiso individual de cada cristiano, sino diferentes carismas y formas, distintos instrumentos y mediaciones, para responder siempre con valentía, compromiso y esperanza a los retos distintos que la realidad social proponía al Evangelio. Desde la institución al diaconado en los comienzos de la Iglesia hasta los últimos programas e iniciativas que hayan podido surgir en cualquier organización eclesial actual, la fuerza ha sido siempre la misma: la dimensión social de la fe que se expresa en la caridad.

Llevando adelante todas estas obras podemos admirar un mosaico maravilloso, no obra de los hombres, sino obra del Espíritu de Dios que habita en

su Iglesia. Sin duda que, como se subrayará en este Congreso que hoy comenzamos, toda esta obra no se realiza por propio voluntarismo o compromiso ético: tiene su inicio “en el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (DCE 1). De esta manera, como nos muestra la experiencia bíblica, el cristiano descubre siempre que “conocer a Dios es practicar la justicia” (Jr. 23, 16).

Esta acción social que hoy analizamos y que tiene su inicio en el amor de Dios, tiene como objeto la atención personal e integral a cada hombre o mujer que nos encontramos abandonado por los caminos de la vida y en quienes descubrimos, y encontramos, en las palabras del papa Francisco, la “carne sufriente de Cristo en el pueblo” (EG 24). Es esa mirada concreta y amorosa a cada persona la que inicia toda obra social de la Iglesia. Así lo recordaba la propia Teresa de Calcuta cuando una mujer le preguntó cómo comenzó su encomiable obra evangelizadora. Ella respondió mirándole a los ojos: “Hija mías, un buen día iba caminando por las calles de Calcuta, tropecé en una esquina con un enfermo moribundo, me paré, lo recogí en brazos y me lo llevé a casa. Ese fue el primero, después vino un segundo y un tercero... ¿Qué cómo comencé? De uno en uno, hija mía, de uno en uno”.

Pero esta acción social no se reduce únicamente a su tarea asistencial de ayuda concreta y particular a cada necesitado. Su horizonte siempre es mucho más amplio, porque busca la transformación social y política de las causas que generan tanto sufrimiento y marginación. De esta manera, el horizonte del Reino de Dios alimenta siempre el compromiso social de la Iglesia recreando una sociedad nueva donde desaparezca toda forma de pobreza. Junto a ese horizonte transformador, la Iglesia desempeña en la sociedad una no menor labor social en lo que supone de sensibilización y de sustento fortalecimiento de las energías necesarias que mantengan una acción social adecuada a la realidad que nos interpela. Su acción aquí no es tan directa y valorada socialmente, pero igualmente fundamental en esta sociedad que hoy se muestra líquida e insensible en muchas de las realidades que la sustentan.

Los obispos españoles en la Instrucción pastoral “Iglesia servidora de pobres”, nos hemos referido además a la dimensión evangelizadora de la caridad y acción social. “La Iglesia –decíamos– existe para evangelizar, nuestra misión es hacer presente la buena noticia del amor de Dios manifestado en Cristo; estamos llamados a ser un signo en medio del mundo de ese amor divino. El servicio carita tivo y social expresa el amor de Dios. Es evangelizador, y es muestra de la fraternidad entre los hombres, base de la convivencia cívica y fuerza motriz de un verdadero desarrollo. Si Dios es amor, el lenguaje que mejor evangeliza es el del amor” (nº 41).

Que este Congreso nos ayude a todos (también a nuestra ACdP que promueve y dirige este Congreso) a admirar y a asumir más comprometidamente esta encomiable acción social de la Iglesia y nos ayude a seguir mostrando su rostro, alentando no solo obras concretas de acción social, sino la espiritualidad necesaria para animar y potenciar esa misma acción. Una espiritualidad encarnada, de ojos y oídos abiertos a los más necesitados, que hunde sus raíces en la entraña misma de nuestro Dios.